

Reflexiones sobre la Guerra de la Restauración

Francisco Antonio Avelino*

Criterios preliminares de nuestra interpretación histórica.

En el recién iniciado siglo XXI, es un lugar común de los estudiosos de la historia dominicana valorar los hechos socio-políticos transcurridos de 1861 a 1865 como los acontecimientos que iniciaron el protagonismo de las masas populares, sobre todo campesinas, y algunas capas urbanas en las luchas patrióticas y las lides políticas.

En la realidad de las cosas, las luchas sociales en todas las épocas, países y regiones del mundo las han realizado los pueblos. Los jefes de tribus, caciques, jeques, caudillos, dirigentes, líderes, conforme prefiera llamárseles según los tiempos y lugares de actuación, han sido los conductores principales que organizaron y se beneficiaron mayormente de los hechos históricos.

* Académico correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia.



Los grandes cambios sociales y políticos en la historia humana no han sido hasta nuestros días (2003) otra cosa que una lucha más o menos violenta hasta llegar a la guerra que concluye con la dominación de las mayorías por las minorías. Bien es verdad que estas minorías han sido en escala ascendente más numerosas en el largo trayecto de la historia: la aristocracia gentilicia de la antigua Grecia; los patricios romanos; los señores feudales; la alta burguesía; y el partido del proletariado y su vanguardia (los jefes del partido). Desgraciadamente, inclusive en los experimentos socialistas del pasado siglo XX, siempre se formó una burocracia minoritaria que gobernó y, en mayor o menor medida, se convirtió en una nueva clase privilegiada. Esperamos que en un futuro la humanidad pueda superar esta fatal tendencia hasta llegar al gobierno de las mayorías. Partiendo de esta constante de la historia humana es que intentamos comprender la historia dominicana de 1861 a 1865.

Ahora bien, estos hechos sociales no pueden explicarse sin tener en cuenta los acontecimientos que les precedieron: los más importantes fueron la hegemonía haitiana de 1822 a 1844 y las guerras de Independencia, (Separación como decían quienes la hicieron). En otras palabras, la historia de la isla, toda entera, debe procesarse en el laboratorio. No podemos hacer un estudio serio de nuestro pasado sin tener en cuenta la historia de la colonia francesa, su revolución antiesclavista y el surgimiento del Estado Haitiano. De ahí hemos partido, para tratar de aproximarnos a una comprensión de la Guerra de la Restauración.



El criterio básico de interpretación es el siguiente: la insurrección antiesclavista haitiana desplazó del poder y exterminó a los dominadores franceses y de su volcán surgieron dos aristocracias o élites: una mulata y otra negra, las cuales se disputaron el poder en todo el decurso de la historia de ese pueblo. Desde las luchas guerreras con la colonia francesa, y luego, enfrentados al recién constituido Estado Haitiano, los dominicanos forjaron una alianza tácita de clases que la minoría prohispanica rompió en 1861. De esta ruptura surgió la Guerra de la Restauración. Más tarde, después de la derrota del baecismo y la casi realizada anexión a los Estados Unidos de América (1870-71) se formó una “*renovada*” aristocracia -el Partido Azul, mezcla de las antiguas clases dominantes y los caudillos y líderes ideológicos- surgida de las consecuencias históricas de la Guerra de la Restauración. Este proceso se acentuó con la preeminencia del caudillismo de Ulises Heureaux.

Visión sociológica

Los 78 años que transcurrieron desde 1795 hasta 1873 fueron el período de formación de la conciencia nacional dominicana. Durante ese largo espacio de tiempo, los dominicanos padecemos la dominación de dos naciones europeas y una americana. En 1795 fuimos enajenados a Francia por el Tratado de Basilea, ejecutado en 1801 por un ejército haitiano, bajo el mando de Toussaint Louverture a nombre de Francia.



En 1802 fuimos invadidos por un ejército francés al mando del general Leclerc. En 1805 un ejército del recién formado Estado Haitiano nos invadió con el propósito de expulsar a los franceses y hegemonizar el poder político en toda la isla. Fracasó su expedición y en su retirada saqueó poblaciones, persiguió personas inocentes, secuestró y asesinó varios cientos de inermes pobladores no beligerantes.

Habían surgido de la guerra social haitiana una nueva aristocracia: la élite mulata y la negra que pondrían en acción estrategias para hegemonizar el poder político en toda la isla.

En 1809, con ayuda española e inglesa, encabezados por la aristocracia de origen español, fue expulsado el ejército francés de apenas mil soldados. En vez de constituir un Estado independiente, se produjo la reincorporación a España restableciéndose la colonia. Este acto de sumisión al orden colonial fue un hecho casi único en la historia decimonónica de Hispanoamérica. En 1821 fueron expulsados los españoles y se intentó la incorporarnos a la Gran Colombia del libertador Simón Bolívar. Antes de haber transcurrido dos meses fue aceptada, casi forzosamente, la unificación con la República de Haití.

La élite de la aristocracia criolla de estirpe española se vio obligada a ceder su recién alcanzada soberanía ante la acción política de la aristocracia mulata haitiana, que obtuvo la colaboración de esa aristocracia, las clases medias de sangres mezcladas y 12,000 esclavos recién liberados.



En 1844 se produjo la separación de los haitianos y hubo que defender la independencia política en cuatro sangrientas campañas de guerra: 1844, 1845, 1849 y 1855-56.

En 1861 se renunció a la independencia con una nueva reincorporación a España. ¿Por qué todas estas vicisitudes que condujeron a tantos cambios en el dominio político ejercido sobre la sociedad de los continuadores históricos de la antigua colonia española? La respuesta a esta incógnita nos conducirá a la comprensión de las causas de la Anexión a España 1861 y de su consecuencia lógica: La Guerra de la Restauración.

Según Jean Price-Mars, tomando prestado el tropo de Benedetto Croce, la gran insurrección antiesclavista haitiana fue *la hazaña de la libertad*. Lo fue, indudablemente, pero desgraciadamente Dessalines manchó la gloria de la gesta con la grave culpabilidad del genocidio de toda la población francesa. Este holocausto imprimió un profundo sentimiento de horror, indignación y temor en la psicología colectiva de los pobladores de la antigua colonia española. A partir de este proceso histórico, toda la acción política de la mayoría de los dirigentes de los continuadores históricos de la colonia española, se impulsó por ese sentimiento de horror, indignación y temor.

Había que evitar la repetición en la Parte del Este, de una guerra social inmisericorde, que trastornara el orden social convirtiendo en dominadores a los dominados, y en dominados a los dominadores. Era el “mundo al revés”. En la



República de Haití los africanos mandaban y los europeos que quedaron vivos (muy pocos) obedecían. En el siglo XIX Europa dominaba, en proceso expansivo, a una parte de América, una apreciable porción de África y algunos territorios de Asia. El sistema capitalista y el perfeccionamiento de las armas de fuego habían permitido imponer su dominio en una gran parte del planeta.

Ese orden jerárquico, que se consideraba consecuencia de la superioridad innata de los europeos, se veía cuestionado por la proeza haitiana. A los antiguos colonos españoles les resultaba difícil aceptar ese “mundo al revés” que significaba la Revolución Haitiana y su nuevo Estado independiente.

Así las cosas, en la Parte del Este, hegemonizada por los haitianos, sólo un pequeño grupo de hombres de excepción, encabezados por Duarte, concibió la independencia absoluta. Ese es el gran valor de Duarte: le bastó la experiencia del despotismo haitiano para concebir la nacionalidad dominicana. Muchos entendieron que no era posible la plena soberanía, pues para ellos lo esencial era evitar la repetición del “mal ejemplo haitiano”, y en consecuencia, era preferible un protectorado o, mejor aún, la anexión a una gran potencia europea o americana de origen caucásico.

Los próceres de excepción, los nacionalistas químicamente puros, los Duarte, Sánchez, Mella y sus seguidores, fueron desterrados; se impusieron Santana y Báez, caudillos anexionistas. Sánchez y Mella regresaron a



partir de 1848 y se integraron a las pugnas partidistas (santanismo-baecismo).

Durante la Primera República (1844-1861) la hegemonía política en las luchas internas fue de la aristocracia de origen español. El mismo Báez actuaba por ideología e intereses de clase como caudillo anexionista. En esa contienda interna terminaron por imponerse los santanistas. Esta división de la aristocracia de estirpe española se reflejaría notablemente durante la Anexión y la Guerra de la Restauración.

El 18 de marzo de 1861 Santana anexó la República Dominicana a la monarquía española.

La oposición a la anexión a España la iniciaron desde antes de su consumación los próceres que permanecieron fieles a su compromiso político de 1844: Sánchez y Mella, quienes habían sido desterrados para facilitar el crimen de lesa patria.

Fueron ellos quienes encabezaron desde el exilio y los nacionalistas de San Francisco de Macorís y Moca, las primeras resistencias a la anexión. Los partidarios de Báez se sumaron a la resistencia frente a la anexión, más por su antagonismo a todo lo que hiciese Pedro Santana que por una genuina convicción de patriotismo.

La encubierta propaganda por la Anexión a España la hicieron Santana, sus consejeros y tenientes políticos, ofreciendo el acariciado ensueño de la modernización capitalista, que, en cierto modo, había ya propuesto a fines del



siglo XVIII el padre Antonio Sánchez Valverde, consistente en endurecer la esclavitud para alcanzar la eficiencia productiva de la colonia francesa.

Ahora se acariciaba la posibilidad de un orden colonial semejante al de Cuba y Puerto Rico. En el convenio de Anexión se había estipulado que la esclavitud no sería reimpuesta. Resultaba obvio que el propósito de imitar a las colonias esclavistas de Cuba y Puerto Rico contradecía esa estipulación del pacto de Anexión. Todo indicaba una obligación que, más temprano que tarde, terminaría incumpléndose; así fue vista por José Contreras en mayo de 1861 y por muchos otros dominicanos ilustres, que ya habían alcanzado la intelección de la identidad nacional. Seguramente fue hijo de la nostalgia hispánica de fines del siglo XIX, el aserto de José Gabriel García, que consideró un absurdo pensar que España restablecería la esclavitud.

Santana y los propagandistas de los beneficios de la Anexión ofrecieron y lograron pactar en la convención del hecho:

1. El no establecimiento de la esclavitud.
2. La República Dominicana, al ser anexionada, se consideraría como provincia de España.
3. Se utilizarían los servicios del mayor número posible de aquellos hombres que le habían prestado servicios importantes a la patria desde 1844.
4. Se amortizaría la moneda.



5. Se reconocerían todos los actos de la República Dominicana de 1844 a 1861.

Los partidarios de la Anexión difundieron la esperanza de que la administración española realizaría la construcción de caminos, puertos y otras obras públicas necesarias para el desarrollo del comercio. Se presentó el gobierno español como una institución civilizada y progresista. Bien pronto los dominicanos se percataron del ilimitado autoritarismo de la administración española, con los fusilamientos de Moca, San Juan y Santiago.

La moneda dominicana, que se ofrecía amortizar favorablemente, sólo se canjeó a contados personajes muy allegados al estrecho núcleo de los amigos del general Santana, mientras los comerciantes hacían del cambio un desvergonzado y lucrativo negocio. A las masas populares y a los que no eran santanistas se les rechazaba el cambio de la moneda bajo el pretexto de que las papeletas estaban muy deterioradas y podían ser falsas. Sólo un minúsculo grupo de oficiales permaneció en el ejército activo, la gran mayoría fue relegada a la reserva pagándosele la mitad del sueldo que percibía un oficial español. Las obras públicas se demoraron indefinidamente, no se veía ninguna mejora económica, sino que por el contrario los comerciantes españoles recién llegados les hacían una competencia desleal a los comerciantes dominicanos.

El autoritarismo se hipertrofió y degeneró en despotismo. La intolerancia se extremó en lo religioso, imponiendo un



control indiscreto en la vida privada de los sacerdotes dominicanos limitándoles sus ingresos. Se prohibió la práctica de los cultos religiosos del cristianismo reformado. También se prohibieron las sociedades masónicas.

Tal vez el mayor error político fue que *no se hizo nada para impedir el prejuicio racial y las prácticas de discriminación racial que se copiaban de Cuba y Puerto Rico*. Los dominicanos se percataron, casi de inmediato, que eran súbditos de segundo orden por el simple hecho de tener sangre mezclada. Recuérdese que la generalidad de los colonos de la Parte del Este eran híbridos desde la segunda mitad del siglo XVII y la mayoría de la población continuaba siéndolo en mayor proporción en la segunda mitad del siglo XIX. Los prejuicios raciales que exhibieron los españoles hacían temer que la esclavitud podría restablecerse en un futuro próximo.

Los excesos arbitrarios del general Buceta, nefasto jefe militar del Cibao, colmaron la copa de la paciencia dominicana. Fue la cruda realidad del régimen colonial español la causa de que muchos dominicanos que siguieron sintiéndose españoles a pesar de las independencias de 1821 y 1844, cambiaran sus convicciones políticas. *Después de 1861 el despotismo español y la discriminación racial, religiosa y doctrinal*, los llevó no sólo a diferenciarse de los haitianos, sino también de los españoles.

La Guerra de la Restauración fue el inicio del final procesal de la concepción colectiva de la identidad nacional



como llegaron a sentirla e imaginaron su onticidad los dominicanos de la segunda mitad del siglo XIX y el siglo XX.

Aproximación para la comprensión sociológica de la proeza militar de la Guerra Restauradora

Numerosos partidarios de Santana y España bien pronto desertaron y se sumaron al movimiento restaurador. Este proceso explica el portentoso milagro militar que fue la rápida derrota del ejército español en toda la Línea Noroeste y casi todo el Cibao. En poco menos de 30 días,¹ los restauradores expulsaron del Cibao a las tropas españolas y sus generales y asesores criollos sólo pudieron defender y retener en sus manos una Puerto Plata sitiada y a Samaná prácticamente no hostilizada.

La Guerra de la Restauración, que había comenzado como una conspiración de los oficiales híbridos de los mandos medios del ejército diseminados en la Línea Noroeste, o refugiados en Haití, logró la colaboración masiva del campesinado. Se había convertido en una guerra popular. ¿Cómo explicar este prodigio político y militar? Ni la pericia ni el don de mando del general Gaspar Polanco, o el talento, audacia y valor de generales como Santiago Rodríguez, Gregorio Luperón, Benito Monción, Pedro Antonio Pimentel, Federico de Js. García, José Cabrera, José Antonio Salcedo y tantos otros alcanzan a explicarlo.

¹ El 13 de septiembre Buceta se retiró de Santiago y se abrió paso hacia Puerto Plata.



La razón es más profunda que una acertada dirección política y militar. Los dominicanos vivieron una alianza de todas sus clases sociales para enfrentar al adversario francés del Occidente durante los siglos XVII y XVIII. En el siglo XIX (1838-1844-1856) se reconstruyó una alianza para resistir primero y derrotar después la hegemonía de los haitianos. Ahora, en 1863, se reconstruía la alianza rota parcialmente por parte del sector anexionista de los criollos de elevada condición social. En el Cibao primero y luego en todo el país, las masas de sangres mezcladas y la minoría nacionalista de los criollos ilustrados se unieron de nuevo para enfrentar a los españoles y a sus asesores criollos. *Esta alianza inició la formación de una nueva aristocracia, cuya élite formaría, andando el tiempo, los cuadros dirigentes del Partido Azul.*

Guerra de independencia y guerra civil a la vez fue el signo característico de la gesta de la Restauración. Las descripciones de Luperón, Rodríguez Objío, Bonó, La Gándara, González Tablas, José Gabriel García, Archambault y López Morillo no dejan lugar a dudas sobre el carácter popular de esta cruenta guerra en la que se sentenció a muerte a Pedro Santana² y se organizaron los Consejos de Guerra Verbales para castigar a los hombres que colaboraban y espiaban para los anexionistas.³

2 Rodríguez Demorizi, Emilio. *Actos y doctrina del gobierno de la Restauración*, Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963 pp.72-73. (Academia Dominicana de la Historia, Vol. XV).

3 Rodríguez Demorizi, Emilio. *Actos y doctrina*, pp. 94-95.



La Guerra de la Restauración fue el incentivo psicológico y el modelo de estrategia militar de la guerra de la independencia de Cuba. Los cubanos pensaron que si los dominicanos habían derrotado al ejército español, ellos también podían hacer lo mismo. Los puertorriqueños también iniciaron en Lares su primer movimiento independentista. Máximo Gómez aprendió, combatiendo a los restauradores, la táctica de la guerra de guerrillas que Ramón Matías Mella impuso por su circular en octubre de 1863⁴ y el vice-presidente Espaillat ratificó por su circular del 24 de septiembre de 1864.⁵

Algunos estudiosos de la historia dominicana imaginan -en su entusiasmo patriótico- que la estrategia de la guerra de guerrillas fue una creación del genial talento del insigne prócer Ramón Matías Mella; en realidad, el acierto de Mella, quien actuaba como miembro de la Comisión de Guerra del primer Gobierno Restaurador, fue su valoración de la utilidad de esa especial estrategia para la guerra que aplicaban los dominicanos a partir de 1863. Mella, Luperón, Espaillat,

- 4 La instrucción para la guerra de guerrillas, Oficio No.212 del Gobierno Provisorio de Santiago, del 26 de enero de 1864, en donde se alude a la famosa circular del mes de octubre del año anterior, reproduce casi íntegramente, con muy pocas variaciones, la circular citada. Véase Rodríguez Demorizi, Emilio. *Homenaje a Mella*, Santo Domingo, Editora El Caribe, 1964, pp. 251-257. (Academia Dominicana de la Historia, Vol. XVIII). Véase también Rodríguez Demorizi, Emilio. *Actos y doctrinas...*, pp. 14-15.
- 5 Rodríguez Demorizi, Emilio. *Diarios de la guerra dominico-española*. Santo Domingo, Editora El Caribe, 1963, pp. 107-109.



Grullón y otros habían leído el famoso libro de Plutarco titulado *Vidas Paralelas*⁶, en donde relata la biografía de Fabio Máximo, quien vigiló, hostigó y debilitó, mediante pequeños combates, a Aníbal, sin exponerse a una batalla decisiva. Fue éste uno de los primeros precedentes de la estrategia guerrillera. Los asesores militares franceses contratados durante el primer gobierno de Báez, probablemente relataron a sus alumnos dominicanos los criterios que expuso Clausewitz sobre la guerra irregular.⁷

Es muy probable también que relataran la experiencia del gran ejército de Napoleón en Rusia en 1812, cuando fue perseguido y asediado por medio de la estrategia guerrillera; y cómo Kutusov evitó una batalla decisiva y se retiró hasta las mismas proximidades de Moscú y sólo fue por presiones del zar y el alto mando que consintió en arriesgar el ejército ruso en la batalla de Borodino.⁸ Por otro lado, es necesario tener en cuenta que Mella y los dominicanos de buena información cultural, entre ellos Espaillat, Bonó, Grullón, Rojas y el mismo joven Gregorio Luperón, y sobre todo los dedicados al oficio militar, fueran o no ilustrados, conocían por relatos de testigos presenciales la estrategia guerrillera que usaron nuestros vecinos haitianos para derrotar a los 58 mil soldados

6 Plutarco. *Vidas Paralelas*, Madrid, Gráficas Exprés, 1966, pp. 291-315.

7 Von Clausewitz, Karl. *De la guerra*, Tomo III. 3^{ra} ed. México, Editorial Diógenes, 1977. cap. XXVI, pp. 181-188.

8 Véase general De Caulaincourt, Armand. *Con Napoleón en Rusia*. Buenos Aires, Editora Interamericana, 1942. pp.151-192; y Tarlé, Eugeni. *Napoleón*. México, Editora Grijalbo, 1965, pp. 282-325.



del ejército expedicionario francés de los generales Leclerc y Rochambeau. Toussaint Louverture fue derrotado por Leclerc precisamente por aceptar una batalla frontal contando con tropas menos disciplinadas y peor armadas que las francesas, en vez de usar la estrategia guerrillera que tantos éxitos le había proporcionado en un reciente pasado. Una mayoría de los oficiales dominicanos se formaron en las milicias haitianas durante la ocupación 1822-1844. Los oficiales dominicanos fronterizos, aun los analfabetos, como el general Gaspar Polanco, debieron escuchar narraciones de testigos presenciales de la epopeya haitiana. La estrategia guerrillera era muy conocida en Europa y en Asia, y en consecuencia era materia de estudio en las academias militares, aunque bien es cierto, que se abordaba tan sólo como un pequeño capítulo o apéndice de la teoría general de la guerra.

Algunos grandes teóricos, como Jomini en su compendio,⁹ ni siquiera se refieren a ella; no obstante, se sabía que Du Guseline, el caballero boyardo, y Enrique de Navarra la habían utilizado exitosamente, y los españoles la usaron contra los mariscales de Napoleón.

Ahora bien, el asunto principal de la Guerra de la Restauración, desde el punto de vista militar, es explicar las causas y razones de la victoria dominicana y la consecencial derrota española. Los españoles adujeron que se trató

⁹ Jomini, A.H. *Précis de l'art de la guerre*. Paris, Éditions Lurea, 1994, pp. 1-390.



fundamentalmente de falta de voluntad política para ganar la guerra; dicho de otra manera, no se quiso invertir lo suficiente en recursos económicos, ni poner en peligro a miles de españoles que era necesario arriesgar para obtener el triunfo. Se argumentó en el gobierno español que los franceses en los primeros años del XIX no pudieron derrotar a los haitianos a pesar de los miles y miles de soldados del ejército expedicionario. Se ponderó que serían necesarios por lo menos 100,000 hombres para pacificar la parte española de la isla, mientras el gobierno sólo le prometió a La Gándara 30,000 soldados más y no tuvo tiempo para cumplir su promesa, pues cayó en gran parte por su responsabilidad en la Anexión y la guerra.

El general José de la Gándara adujo como excusa de su inacción que si conquistaba Santiago invadiendo el Cibao desde Montecristi pronto sería sitiado en esa ciudad, pues el gobierno se etiraría a otra población, como La Vega o San José de Las Matas. Esto mismo pensaba el vicepresidente Ulises Francisco Espaillat. La Gándara olvidaba el principio fundamental de la ciencia-arte de la guerra, consistente en destruir la fuerza combativa del adversario. Si esto no puede hacerse la guerra está perdida o se prolonga por mucho tiempo. No comprendía el general español, las enseñanzas de Napoleón y Clausewitz, los grandes teóricos de la guerra del siglo XIX, pues era muy difícil que un general europeo no los hubiese estudiado a la altura de 1863-65.



La verdad es que el general José de la Gándara infravaloraba a los dominicanos en general y a sus dirigentes políticos y militares. Creyó que operaban con “*ignorancia de toda táctica ordenada y compacta*,”¹⁰ cuando por el contrario aplicaban una muy bien pensada estrategia que Clausewitz califica de *levantamiento nacional*, parte de un muy especial proceso social que bautizó como “*La nación en armas*”. Los dominicanos habían movilizado a casi toda la población masculina capaz de tomar las armas para las campañas de las guerras domínico-haitianas. Mas no fue necesario para derrotar a los haitianos recurrir al levantamiento nacional descrito por el más grande teórico de la guerra, pues después de batallas decisivas los ejércitos haitianos siempre se retiraron a su territorio.

Para enfrentar al ejército español, mucho más disciplinado y mejor armado, y al final de la guerra muy numeroso, fue necesario armar a los campesinos y diseminarlos por todo el país para que con el apoyo del ejército restaurador hostilizaran las vanguardias, los flancos y la retaguardia de las columnas españolas. También se aprovecharon los accidentes del terreno, bosques, ríos, pantanos, montañas, para emboscar y sorprender al adversario. Se le hostilizaba de tal manera que no tenía descanso y, de noche, tenía que apagar las fogatas por los

¹⁰ De la Gándara, José. *Anexión y guerra de Santo Domingo*, Tomo II, 2da. ed. Santo Domingo, Editora Santo Domingo, 1975, p. 187. (Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Colección Cultura Dominicana No. 9).



certeros disparos de las guerrillas, mientras los mosquitos provocaban la malaria. Esta enfermedad, excusa aducida por los generales españoles, alcanzó en realidad su magnitud a causa del el constante asedio de las guerrillas, particularmente cuando las tropas españolas acampaban en lugares insalubres, cerca de ciénagas en que se criaban los mosquitos, lugares en que se les dejaba de hostilizar. La fiebre amarilla devino en una parte esencial de la estrategia guerrillera del ejército dominicano.

Las descripciones que hace Clausewitz de las tácticas de guerra que define como “*La Nación en armas*” tienen pasajes parecidos, cuando no idénticos, a las descripciones que nos aporta José de La Gándara sobre la táctica y estrategia de los restauradores.

Von Clausewitz describe la acción de los campesinos en la fenoménica social que llama “*La nación en armas*”:

“Por el contrario, los campesinos armados cuando están desparramados se dispersan en todas direcciones, para lo cual no se requiere ningún plan elaborado. Con esto se hace muy peligrosa la marcha de cualquier pequeño cuerpo de tropas en territorio montañoso, muy boscoso o accidentado, porque en cualquier momento la marcha puede convertirse en un encuentro. En realidad, aun si durante algún tiempo no se hubiera sabido nada de estos cuerpos armados, sin embargo, los campesinos que ya han sido ahuyentados por la cabeza de



*una columna, pueden en cualquier momento hacer su aparición en su retaguardia”.*¹¹

El general José de la Gándara, por su parte, describe la táctica guerrillera de los dominicanos:

*“Así, no bien las columnas iniciaron su movimiento sobre los cuatro radios, comenzó sobre ellas el tiroteo de alarma, que al punto se convirtió, como de reglamento, en serio y nutrido fuego de combate. De conformidad con el indicado principio, rara vez el dominicano se encierra ni se defiende en un pueblo, reducto o posición donde pueda ser cercado y envuelto: se interpone audaz entre el enemigo que avanza y el objeto que quiere cubrir o conservar; pero si, como siempre le sucedía, comprende que es vana o costosa la resistencia al empuje arrollador del que se acerca, **un instinto de conservación, en que seguramente no entra por nada el temor, le aconseja poner en la fuga el mismo empeño que en el ataque; y en un solo instante, el hombre tenaz, inmóvil, tan arraigado al suelo como el árbol que le oculta, se convierte en la fiera traqueada que se arrastra y esconde en la espesura del monte. Desde ese punto se rompen los flojos lazos de táctica y disciplina; la dispersión, tomada así como maniobra salvadora, debe ser completa, divergente, repentina, rápida; y el individuo por sí solo, despliega todos los recursos con que la naturaleza dota al hombre campestre y primitivo”***¹²

11 Von Clausewitz. Op. cit., Tomo III, Libro VI, Capítulo XXVI, pp. 184.

12 De la Gándara, José. Op. cit., Tomo II, pp 187 a 188.



Von Clausewitz dice:

*“Las cosas nunca deben llegar hasta un encuentro defensivo, decisivo de primera clase; porque por más favorable que sean las circunstancias, la leva nacional será derrotada.”*¹³

Este pequeño capítulo permite valorar los conocimientos estratégicos de Ramón Matías Mella, Ulises Francisco Espaillat, Gregorio Luperón, Grullón y otros consumados estrategas del alto mando restaurador. Estas consideraciones las conocían directamente por haber leído a Von Clausewitz o de modo indirecto, por las lecciones de los asesores franceses contratados en el primer gobierno de Buenaventura Báez o por los relatos de los veteranos de la guerra de independencia haitiana.

Por otro lado, es conveniente resaltar que José Gabriel García y Luperón estimaron que los generales españoles eran muy inferiores a los generales dominicanos, tanto los del ejército restaurador como aquellos otros estrategas dominicanos que combatían junto a las tropas españolas. Aludiendo a la excusa de la inclemencia del clima y la estación que supuestamente imponían al ejército español una inacción forzosa, dice García:

“Triste consuelo, por cierto, para quien había luchado por realizar su propósito, con la mira de ‘marchar sobre

¹³ Von Clausewitz. Op. cit. Tomo III, p. 186.



Santiago y dominar al Cibao, ilusión perdida que puso de relieve a los ojos de España la realidad de las cosas y la incompetencia de los hombres que en ella habían intervenido”.¹⁴

Luperón consideró que en el ejército español los mejores generales eran los dominicanos como Santana, Contreras, Suero:

“En el ejército español, en esta guerra, agregó Luperón, los generales Santana, Puello, Suero y Contreras probaron una superioridad incuestionable, no sólo por su arrojo en los combates, sino por la energía imponderable en la lucha, por la rapidez en los movimientos y la impetuosidad en los ataques. Esos generales pudieron tal vez no ser comprendidos ni apreciados por los españoles; pero es seguro que cuando murieron Santana, Contreras y Suero, los patriotas notaron en seguida el vacío que dejaban en las filas españolas, y la gran diferencia en los que los reemplazaron. Eran aquellos, tipos militares de primer orden, capitanes entendidos, intrépidos y diestros, y España no tenía sus iguales en la guerra de Santo Domingo”.¹⁵

14 García, José Gabriel. *Compendio de historia de Santo Domingo*. Tomo III, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, 1968, p. 476.

15 Luperón, Gregorio. *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, Tomo I, Santo Domingo, Editora Santo Domingo, 1974, p. 340. (Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Colección Cultura Dominicana No. 7).



La verdad es que el alto mando español debía conocer muy bien toda la teoría de la guerra, pero ni en Santo Domingo (1863-1865) ni en Cuba (1868-1878, 1895-1898), supo o pudo enfrentar la estrategia del “*levantamiento nacional*” y “*La nación en armas*” que brillantemente con innovaciones notables realizó en Cuba el máximo estratega latinoamericano Máximo Gómez.

Conclusión

Probablemente no fue terquedad ni desconocimiento del alto mando español, sino que ese tipo de guerra es en realidad un fenómeno social en ocasiones prácticamente imposible de derrotar. Pensamos en las guerras de Vietnam y la de los soviéticos en Afganistán en los tiempos recientes, para no referirnos a esa otra que parece que no tiene fin después de varias décadas de contienda: la guerra civil colombiana.

En los inicios del siglo XXI sufrimos los latinoamericanos y todo el denominado Tercer Mundo, un proceso creciente de desindustrialización explicado con el superficial pretexto del libre comercio. Esta fue la bandera ideológica de los adversarios de la España imperial de Carlos V y Felipe II, como refirió Manuel Arturo Peña Batlle en sus ponderados argumentos de *La Isla de la Tortuga*. El pretexto propagandístico se usaría después contra la India, China y todo el mundo atrasado en el desarrollo tecnológico industrial.



Este siglo XXI es una nueva oportunidad de construir el gran objetivo de Bolívar: una unión de naciones latinoamericanas para detener la dominación de las grandes potencias. Una alianza de clases como la realizada por los dominicanos frente a Francia, Haití y España, a que se hizo referencia, es necesario forjarla a nivel continental, y constituye la única defensa efectiva frente a los métodos coercitivos: bloqueo financiero que esgrime la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional y los bancos u organismos financieros controlados por las grandes potencias.

Los latinoamericanos, como pensó Bolívar, no somos ni indios, ni negros, ni europeos, sino una nueva realidad sociocultural. El latinoamericano de hoy (2002), excluyendo a los indios habitantes de las selvas remotas, no son ya indios culturalmente, como tampoco son negros culturales los africanos transculturados en Brasil e Hispanoamérica; menos aún el criollo-europeo, que ya no es portugués o español, pues la cultura latinoamericana en formación muy avanzada lo transforma en latinoamericano.

Pedro Henríquez Ureña creía que la cultura hispana nos unifica y conduce a una nueva realidad sociocultural que superará en creaciones de todo tipo lo hecho por el hombre hasta nuestra época.

La experiencia de cambio social del siglo XX indica que en un futuro previsible es irrealizable el gran objetivo del



gobierno de las mayorías. En consecuencia se debe buscar la unión entre minorías y mayorías a fin de lograr una Federación de Estados que beneficie y proteja a los latinoamericanos.

